



La escritora nigeriana Helen Oyeyemi, la semana pasada en Barcelona. / ANTONIO MORENO

Literatura / Publicación

## Barba Azul, versión feminista

La londinense Helen Oyeyemi versiona la leyenda del asesino de esposas en la fantástica y fragmentaria 'El señor Fox', editada por Acantilado

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona

El señor Fox, John Fox, es escritor, y Mary Foxe es la mujer que le ronda por la cabeza, la protagonista de todos sus relatos, la misma que, una y otra vez, acaba sin cabeza. Porque al señor Fox no le gustan las mujeres con cabeza, las prefiere sin. Porque las prefiere muertas. Pero antes de matarlas construye para ellas maravillosas casitas de chocolate, maravillosos castillos encantados, con aspecto de relatos endiabladamente adictivos. Relatos en los que Mary Foxe se revuelve, desde su floristería, desde su buhardilla, desde el café en el que se cruzó por primera vez con el escritor, lucha por sobrevivir aun-

que sepa de antemano que la suya es una batalla perdida.

Helen Oyeyemi (Nigeria, 1984) ha vuelto a hacerlo. Ha vuelto a desmontar un buen montón de cuentos de hadas y luego la ha emprendido con otro buen puñado de clásicos de la literatura inglesa (romántica) del XIX, y ha creado su propia leyenda de Barba Azul que es a la vez una reflexión sobre la condición del creador y una oda a la imaginación. ¿Su título? *El señor Fox* (Acantilado).

«Todo empezó cuando me di cuenta de que *Rebeca* es en realidad una versión de la leyenda de Barba Azul. Y *Jane Eyre* también. Entonces me dije que yo quería escribir mi

propia versión del mito. Una versión en la que la mujer no se limitara a ser la víctima, sino que tratara de desestabilizar al hombre, le presentara batalla y se negara a ser sometida», dice la jovencísima escritora londinense que, a sus 28 años, ya es autora de cuatro novelas y ha sido incluida en la lista de los mejores novelistas ingleses de la revista *Granta*.

«Al principio traté de homenajear en el estilo a *Rebeca*, de hecho, la esposa del señor Fox se llama Daphne en honor a la autora de *Rebeca*, pero la cosa no funcionaba. Y siguió sin hacerlo hasta que no dejé que entraran los cuentos de hadas», confiesa. Los cuentos de hadas y las novelas

de Barbara Comyns, la escritora que más le ha influido, tanto en la construcción de su arquetípico mundo (entre lo macabro y lo maravilloso como en sus brillantes diálogos entre hombres y mujeres. «Dorothy Parker también me ha ayudado muchísimo. La forma en que trata la guerra de sexos es deliciosa», dice.

Pero hay más. Está Virginia Woolf, la Virginia Woolf de *La señora Dalloway* (en el momento en el que Mary Foxe regenta una floristería), pero sobre todo la Virginia Woolf de *Orlando*, en tanto que el señor Fox y su musa a veces se confunden y llegan a parecer la misma persona. «No fui consciente de que también

estaba hablando sobre el creador, sobre cómo se construyen las historias y sobre las decisiones que tomamos respecto al hecho de que podemos limitarnos a vivir nuestra vida o a perdernos en imaginar otras», asegura. Oyeyemi tenía en un primer momento una intención crítica, «porque estoy harta de ver mujeres muertas en las noticias», pero al final ha acabado siendo un artefacto mutante, repleto de relatos y de encuentros inesperados y retorcidos.

«Cada vez escribo más por perversidad, pensando en lo lejos que puedo llegar, decidida a no gustar a todo el mundo. Me gusta correr riesgos», afirma, sonriente, la escritora, que es incapaz de recordar cuál fue el pri-

«'Rebeca' y 'Jane Eyre' son versiones de Barba Azul», sostiene Oyeyemi

mer cuento que le contaron pero no duda a la hora de elegir uno: *La Bella Durmiente*.

«Dormir 100 años sería un lujo», dice, y se apresura a añadir que su gusto por los cuentos de hadas tiene mucho que ver con el hecho de que son relatos «desnudos» que el autor puede dirigir hacia donde le interese, y que en el fondo, todos ellos hablan de «cómo enfrentarte a tus miedos». De la novela romántica clásica inglesa le gusta «el mundo ordenado que representa». «Muestran los límites que había en aquella época, los muros que separaban a las personas y la manera de saltarlos. Son como manuales para avanzar con cautela por la vida. Porque por entonces aún se consideraba el romance como algo peligroso», asegura.

«Luego ya no? «No, cuando llegó el cine y se hicieron las primeras comedias románticas, allá por los años 30, el matrimonio se convirtió en una especie de chiste, en algo divertido, para lo que no era necesario estar preparado. Pero en la Edad Media, por ejemplo, tenían sus propias normas, algo así como libros de instrucciones para el marido y la mujer», contesta. «El matrimonio es algo muy serio y si no que se lo digan a las mujeres de Barba Azul», concluye.